

UN BUEN ACTO

ÁNGEL ALONSO



MANIAC

UN BUEN ACTO

Primera edición Maniac Ediciones: 2024

© del texto: Ángel Alonso 2024

© del diseño y cubierta de esta edición: Maniac Ediciones

www.maniacediciones.com

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-128440-7-8

Depósito legal: DL SG 151-2024

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a hola@maniacediciones.com si quiere reproducir algún fragmento de esta obra.

*Piensa siempre que si haces un daño,
Tarde o temprano este regresará contra ti.
(Esopo)*



Despierto. No como las otras veces; es incluso más doloroso. Acostumbro a sufrir una sensación transitoria de ahogo, solo que esta vez se prolonga en el tiempo, más allá de lo humanamente recomendable y, cuando consigo insuflar un poco más que una brizna de aire, noto que los alveolos no se llenan. Se aplastan.

Grito. Los pulmones se desbloquean. La garganta, pastosa.

Mientras recobro la respiración, empleo un instante en orientarme. Es un proceso habitual, necesario, tranquilizador.

La penumbra me rodea. Y me ciega. Necesito que la vista se acomode. En ese tiempo tomo conciencia de dónde me encuentro.

Estoy sentada. Presión firme localizada en las muñecas. Algo me ata a los reposabrazos. Intento moverlas. La tensión es tal que apenas consigo elevar un palmo los codos. De idéntico modo sucede con las piernas.

Con las pupilas acostumbradas a la ausencia de luz —no total, alguna fuente exterior consigue filtrarse—, compruebo que la silla es un modelo de madera de lo más común; nada relevante.

Doy un vistazo alrededor. Apenas atisbo formas lejanas sin definir, confundiendo con las partes más sombrías. Dudo si son reales o fruto de la imaginación.

Reduzco la respiración a un susurro y aguzo el oído. Espero. Más allá de algún crujido lejano, capto un sonido rítmico en dos partes: ascendente y ligeramente agudo al principio, descendente y grave al final. En un primer instante no lo identifico. La memoria viaja lenta y tarda en ofrecer la ansiada respuesta.

Es una respiración.

Escudriño al frente. Allí, escondida a ojos no entrenados, descubro la forma de la sombra. Me observa, igual que yo lo hago con ella. Eso la invita a caminar hacia mí. Extiende la mano y acaricia mi rostro. Me estremezco, no tanto por sentir el tacto suave y artificial, sino porque se trata de la primera vez que establece contacto físico.

La sombra es real.

Al instante siguiente, me atiza en la cara con el puño. De seguido, noto que la penumbra me arrastra.

Antes de que la cabeza recobre la posición, sé que caeré presa de un microsueño.

Otra vez.



ACTO I

1

En ocasiones, la trayectoria vital de una persona se ve alterada por situaciones que definen un antes y un después. Son puntos de inflexión. Un cambio de rumbo en la vida. Para bien o para mal. En mi caso, puedo decir que soy una afortunada por haber afrontado varios de ellos. Eso ha hecho que me convierta en lo que soy.

El cielo plomizo aprisiona la noche. Llueve. Agua fría que se clava en el tuétano. No tengo paraguas ni capucha. Tampoco me muevo. Me encuentro delante de la puerta de entrada del centro social donde acostumbraba a reunirme todos los miércoles a las ocho con mi grupo de apoyo. Hoy no es miércoles y son las nueve y media. Eso me genera un nerviosismo que solo puedo calmar a golpe de música.

En los auriculares suena el puente de la canción *Sweet sacrifice*, de Evanescence, la parte en la que Amy Lee dice que el miedo solo está en nuestras mentes, cuando el padre Porfirio asoma por la puerta. La despreocupación de quien ha finalizado sus quehaceres diarios transmuta de inmediato al verme.

—Camila —dice. Más que mirarme me examina—. Tienes mal...

Un sentimiento de autocensura le trunca la frase, no así el desasosiego que encierra. Le entiendo en parte. La llovizna me aplasta el cabello contra el cráneo. Tengo la piel magullada, la nariz amoratada y los pómulos ligeramente hinchados. El mal aspecto es evidente, aunque la educación le impida expresarlo. «Y eso que no me ha visto las manos aún», ironizo. La frialdad hace que les busque refugio en el fondo de los bolsillos de la cazadora. Y que lleve guantes.

Detengo la canción.

—Padre.

La sorpresa vuelve a modificarle el rostro. No suelo llamarle así. A diferencia del resto de integrantes del grupo de apoyo, yo siempre me resistí a emplear ese apelativo. Decidió colgar el hábito de manera voluntaria. A pesar de que le encandila que se dirijan a él así —un vicio del pasado—, en mi consideración, nunca fue un verdadero padre. Hasta esa noche.

La puerta se cierra tras él cuando avanza hacia el borde de los tres escalones que nos separan.

—Padre... —repito con el convencimiento de que he conseguido acuñar la suficiente fortaleza interna para expresar lo que tengo que decir—. Necesito confesión.

Compruebo que sus ojos, pequeños y vivaces, se agrandan y las pupilas se congelan.

—Hace años que no ejerzo.

—Soy una mala persona —digo esperando convencerle.

Niega de forma pausada con la cabeza.

—Nadie lo es del todo.

—En verdad, sí que lo soy.

Apenas alzo la voz. Por un instante, dudo que haya sido capaz de escucharme. Luego digo:



—He pecado.

Se hace el silencio. Las gotas de agua me golpean en la base del cráneo. El repiqueteo rítmico lo asemeja a la tortura china. Lo soporto con entereza.

Un suspiro. Él cede.

—¿Qué es lo que necesitas de mí, hija mía?

Odio que me llamen así. No soy su hija, ni mucho menos de su propiedad.

Me lo callo. Agacho la cabeza y pregunto:

—¿Podemos hablar dentro?

El silencio posterior se tiñe de duda y yo me digo, con un halo de fatalidad, que es comprensible.

—Antes necesito saber cuál es tu pecado.

Medito las palabras mientras me pierdo al comprobar cómo mi sombra se alarga alejándose de mí hacia la zona umbría que surge en medio de dos farolas. Sin el abrigo de la música, me siento indefensa. Soy consciente de lo delicado del momento. Lo que voy a confesar es un punto de inflexión que nos va a cambiar la vida a los dos. Para siempre.

—Un asesinato.



2

La sala de reuniones me parece pequeña, desangelada, muda. Un espacio liminal. Incluso el aire es diferente, de atmósfera esterilizada. Lo achaco a que las últimas semanas he dejado de asistir a las reuniones. Tenía mis motivos. Me siento como un elemento extraño. Entonces me percaté de que todas las sillas están apiladas contra la pared del fondo, no en la habitual disposición circular en el centro. Incluso la mesa donde tomamos café, con pastas o tarta congelada, cortesía del padre, está recogida.

—Mejor vayamos a su despacho —sugiero.

—¡No! —El padre Porfirio eleva la voz, las cejas, el cuerpo—. Disculpa a este viejo. Estoy haciendo algunas reformas y lo tengo, como suele decirse, manga por hombro.

Las palabras encierran miedo. Comprendo que quiera estar en un espacio más amplio, un lugar en el que poder huir en caso necesario, por eso se justifica con una sonrisa llena de desconcierto y, acto seguido, se desplaza con rapidez por la sala vacía para coger dos sillas. Las coloca en el centro, enfrentadas, a un metro de distancia. Una decisión acertada. Me invita a sentarme. Antes examino la mía. La estructura tubular de acero con asiento y respaldo de color verde me recuerda a la de un instituto. Nunca había reparado en ello. Ahora lo hago para cerciorarme de que no tienen reposabrazos. Me gusta que sea así.

—Estás empapada.

Entra en el despacho como alma que lleva el diablo y sale casi de inmediato con un rollo de papel de cocina. Es de diferente tipo al empleado a modo de servilletas en nuestras tertulias posteriores a las reuniones. Reconozco la doble capa de acabado liso. Reconozco la marca blanca. Reconozco el precio barato. Y lo hago porque disfruto fijándome en los detalles; y porque trabajo en el supermercado donde se venden.

—Permíteme que te seque.

El padre posa un trozo doblado a la mitad en mi hombro derecho. No le importa acercarse, dejar el miedo, ese que solo está en nuestras cabezas, a un lado. Justo cuando comienza a resbalarlo por la parte delantera lo detengo con la mano izquierda.

—Puedo hacerlo sola. —Mi voz no es intrusiva. Solo cuando percibo que su mano se aleja, añado—: Le agradezco mucho que se preocupe por mí.

—No es nada. Sé que tú harías lo mismo.

Le suelto la mano y él me corresponde tendiéndome el corte de papel doblado. Con suavidad, como si evitara rozarme. Lo empleo para secarme la cara. Empiezo por la frente, retirándome el flequillo hacia el lado izquierdo. Luego paso por los pómulos hacia el mentón y, por último, la nariz.

Siento un hormigueo fantasmal dentro. En el tabique.

Reprimo las ganas de rascarme.

—Deberías quitarte la cazadora —sugiere tras recoger los trozos empapados y estrujarlos en la mano. Un ramillete de gotas se precipita al suelo.

Así lo hago. La coloco en el respaldo de la silla para que el agua resbale por el tejido .

—¿Y los guantes? —me pregunta con desconcierto.

—Si no le importa, prefiero dejármelos puestos.



La respuesta no parece convencerle y hace un esfuerzo por aceptarla. De seguido, se centra en el motivo de nuestro encuentro.

—Ya sabrás que, más que una confesión religiosa, necesitas una secular.

Encojo los hombros.

—Llamar a la policía —puntualiza.

—No busco el perdón, solo la paz del alma que se alcanza tras la confesión del pecado.

Aunque el silencio indica que no esperaba semejante respuesta, el tono de la pregunta posterior confirma que le ha gustado.

—¿Cómo quieres que empecemos?

Solo hay una manera.

—Hola. Soy Camila y...

Las palabras «soy una mala persona» quedan atascadas ante un gesto reprobatorio.

—Me niego por completo a que utilices esa fórmula. Tampoco me parecería honesto emplear el rito de la confesión sacramental.

Lo recito con mi voz interna: «Ave María purísima».

Me contesto: «Sin pecado concebida».

—Le necesito como cura.

De nuevo mi propuesta lo descoloca. Y, al tiempo, le fascina.

—Comprendo tu petición y así lo haré; con una salvedad. Es mi deber informarte de que, tras haber renunciado al sacerdocio, no estoy obligado a acogerme al código de derecho canónico que garantiza el secreto de confesión.

—No se preocupe por eso. Permítame que le explique mi historia con calma y, una vez haya finalizado, decidiremos juntos el desenlace.

Emite una sonora exhalación. Yo hago lo mismo. Es nuestra manera de aceptar los términos de este acuerdo verbal.

—En ese caso, lo más sensato es que confieses qué te ha llevado a cometer un...

La palabra queda suspendida en el aire. ¿Pudor? ¿Precaución? ¿Miedo?

—¿Un asesinato?

Completo la frase y, al hacerlo, casi puedo escuchar cómo el pensamiento le indica que se trata de un pecado mortal, ese que conduce a la condenación eterna si la persona que lo ha cometido no presenta arrepentimiento.

—Todo ha tenido que ver con un buen acto.

Me divierte comprobar la manera en que se le afloja la mandíbula y su rostro se alarga rivalizando con el famoso cuadro de Edvard Munch.

—La culpa es suya, padre.



3

El padre Porfirio dice algo. Mi mente no lo procesa. En realidad, no está lejos, hablando en términos de situación, pero si atendemos a la temporalidad, sí que hay una distancia. Retrocedo en el tiempo. Escarbo en los recuerdos. Odio esta sala vacía, por lo que recreo la configuración original.

Un círculo de sillas en medio. El padre Porfirio está enfrente de mí, como ahora. A mi izquierda, Eusebio. Jubilado de manera anticipada. Es un hombre de la vieja escuela en todos los sentidos. Le gustan las cosas bien hechas, tal vez demasiado, sin espacio a la improvisación. A su lado, próximo al padre, Anselmo. Un joven víctima de unos progenitores tan exigentes que le han creado un trauma en forma de pérdida de autoestima. Incluso su estilo de vestir, demasiado formal con colores discretos, es un reflejo de su inestabilidad emocional. Si en unos años no coge un arma y se lía a tiros en un centro comercial es porque antes se lo ha pegado él. Tomás queda a mi derecha, al lado de Porfirio. Su pinta que quinquichentero no engaña a nadie —tal vez solo a él—. Es un niño pijo que pasa de los cuarenta, criado en el seno de una familia acomodada del barrio de Salamanca —según mis pesquisas, él evita el tema—, al que le gusta aparentar que camina por el lado oscuro de la vida. Que esté sentado a la derecha del padre no es casual. Nada en esta sala lo es. Se rumorea que sus acaudalados padres son generosos benefactores de esta actividad.

La otra silla, cercana a mí, la ocupa Ossian. Solo lleva con nosotros un mes y es la persona con la mirada más triste que he encontrado jamás. Conversador introvertido pero certero. Dicción entrenada, mezcla de locutor de radio y francotirador verbal. Mientras Tomás hace gala de un aspecto conflictivo, Ossian es justo lo contrario. Correcto en extremo, exhibe una normalidad que desconcierta.

Somos un grupo extraño. Que sean todos hombres no me supone ningún problema. No siento que en nuestro pequeño cenáculo se dé el síndrome de Pitufina. Aquí somos todos iguales: unos perdedores. No valemos ni para héroes, villanos o antihéroes. Ni siquiera nuestros nombres son reales. Porfirio nos aconsejó que los ocultáramos tras otros inventados, cuyo significado solo conociéramos nosotros, a fin de centrarnos más en nuestros problemas personales, no en quiénes somos. La opción es discutible, pero es un imperativo del padre que lleva al grupo con disciplina conciliadora. Él sabe lo que somos. Y yo también. Muñecos rotos de una sociedad que todavía está en proceso de decisión para saber qué hacer con nosotros, o bien repararnos o abandonarnos a nuestra propia suerte. Mientras lo piensa, aquí estamos, descomponiéndonos día a día hasta que, tal vez, lleguemos a desaparecer sin hacer ruido en un fatídico destino final; y, hasta que eso suceda, matamos el tiempo reuniéndonos los miércoles, convirtiendo la fecha en nuestro domingo excepcional. De eso se trata, de una liturgia peculiar donde exponemos nuestro buen acto semanal, ese que compensa todas las malas acciones que cometemos durante el resto de los días. Como si eso fuera suficiente para redimirnos.

A veces concluyo que mi vida está condenada. Otras, albergo una esperanza, un débil atisbo de luminosidad en el que pienso que se puede obrar el cambio. Es la única motivación que tengo para regresar cada miércoles a las reuniones a escuchar los buenos actos de mis compañeros y a ofrecer el mío con una frase introductoria, a modo de introito gregoriano, que refuerza el carácter ritual de nuestras reuniones.



«Hola. Soy Camila y soy una mala persona».

Es lo que soy. Miento cada vez que debo exponer mi buen acto. Jamás he realizado alguno por convicción propia, salvo un único día en el que creí que un gesto banal, algo que podía redimirme de mi pasado, cuando yo era otra persona, sería capaz de alterar mi trayectoria vital.

No fue así.